

Mauricio Archila Neira
Idas y venidas, vueltas y revueltas.
Protestas sociales en Colombia 1958-1990

Bogotá: Icanh; Cinep; Diakonia Acción Ecuμένηca Sueca, 2003.
500 páginas. ISBN: 958-644-089-3

Carlos Andrés Barragán
Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

¿Cómo pueden ser analizados los movimientos sociales?, ¿cómo puede, en el contexto colombiano, caracterizarse su comportamiento?, ¿cuál es su papel dentro del Estado nación? Estos son algunos de los interrogantes que desarrolla Mauricio Archila en su investigación, y con los cuales se hace una notable contribución al conocimiento histórico de las acciones colectivas en el contexto de un Estado democrático, en el que sobresalen sus desiguales e inequitativos sistemas salariales, de prestación de servicios de salud, sistemas de pensión, y en el cual los sindicatos, por ejemplo, históricamente han sido objeto de persecución y estigmatización.

En términos temporales, el libro que nos ocupa contempla un período de treinta y tres años, entre 1958 y 1990¹. Las fuentes primarias del estudio corresponden principalmente a noticias de prensa en diarios nacionales y locales (diez en total, además de la base de datos de luchas sociales del Cinep), revistas y periódicos de organizaciones de izquierda y, en menor medida, entrevistas a mujeres y hombres que han tenido diferentes roles en variadas clases de protestas sociales (diecisiete en total). El texto está dividido en ocho capítulos en los que el autor trabaja temas como los contextos políticos del período en cuestión, que tuvieron como plataforma el pacto bipartidista conocido como Frente Nacional; los perfiles de los diferentes actores y sus motivaciones; la relación entre los movimientos sociales y la izquierda política; la interacción entre la sociedad civil y el Estado; la configuración y transformación de identidades gremiales, étnicas, temáticas y de género.

Las fuentes seleccionadas, dadas sus limitaciones intrínsecas y sesgos, tienen un peso importante al momento de abordar las conclusiones. Para nadie es un secreto que la continuidad de la prensa escrita en Colombia ha tenido muchos obstáculos, al punto de contar hoy únicamente con un diario (*El Tiempo*) y un semanario (*El*

¹ Cronológicamente, este libro se complementa con la obra de Mauricio Archila Neira, Álvaro Delgado G., Martha Cecilia García V. y Esmeralda Prada M., *25 años de luchas sociales en Colombia 1975-2000* (Bogotá: Cinep, 2002).

Espectador) de circulación nacional. En este contexto, es difícil suponer un marco democrático amplio de enunciación para todas las tendencias políticas. De ahí que resulte evidente el silenciamiento mediático de algunas protestas pacíficas –en ciertas coyunturas económicas, históricas y políticas–, como ha ocurrido con las mujeres, o en el caso de algunos sindicatos. En el otro extremo, encontramos ejemplos de protestas que se apoyan en una confrontación directa con la fuerza pública, o de interrupción del normal desarrollo de actividades neurálgicas para la economía regional o nacional (como el cierre de una carretera), las cuales tienen un mayor despliegue informativo en prensa, como atestiguan las fuentes del estudio.

El investigador identifica en la base de datos la aparición recurrente de asalariados, campesinos, pobladores urbanos, estudiantes, minorías étnicas (principalmente grupos indígenas), mujeres, trabajadores independientes (particularmente en ámbitos urbanos, en labores informales de venta y producción de bienes), empresarios (no obstante su posición en la estructura de producción) y reclusos. Como principales estrategias y modalidades de protesta el autor detectó el uso de los paros, las movilizaciones, las invasiones, la toma de entidades, la obstrucción de vías y las confrontaciones o disturbios con la fuerza pública². Entre las motivaciones que dan sentido a las protestas, sobresalen, según Archila, las condiciones salariales y laborales de los trabajadores, la propiedad y el uso de la tierra, el acceso a servicios básicos de infraestructura (servicios públicos) y de carácter social, como la salud y la educación (en términos tanto de calidad como de cobertura), el incumplimiento de pactos y acuerdos, la violación del derecho internacional humanitario (DIH) y la crítica positiva o negativa al ejercicio del poder –autoridad– en sectores como el eclesiástico, el militar y el educativo.

Conceptualmente, el autor apunta una diferencia, en términos de trascendencia temporal y de transversalidad en la sociedad, entre los *movimientos sociales* y las *protestas sociales*, no obstante que los dos sean referencia y parte de la acción social colectiva. Los primeros trascienden el campo de la inequidad netamente económica para llegar a la confrontación con otro tipo de exclusiones y desigualdades sociales en las cuales el objetivo, como señala Archila, no demanda la extinción de su interlocutor³. En este contexto, son identificados como propositivos y no conformes con respuestas o resultados puntuales o paliativos. Esta condición es a la que alude el historiador como faltante en el caso colombiano, dado el perfil efímero y coyuntural de gran parte de las protestas sociales.

Estas protestas, contempladas como acciones sociales de menor escala –con un mínimo de diez personas–, parecen acomodarse mejor como categoría de análisis a lo que ofrecen las fuentes utilizadas por el autor, que le permiten señalar la dificultad de

² Además de la obra reseñada (p. 481-483), véase Archila y otros, *25 años*, 261-262.

³ Esta precisión separa entonces los movimientos sociales de los “conflictos sociales” en los que hay una imposición por la fuerza de los intereses de grupos particulares, como puede llegar a ser el caso en nuestro país de los grupos guerrilleros o paramilitares.

hablar de movimientos sociales propiamente dichos, en términos generales, en el período de estudio (p. 470). Sin embargo, y lejos de proyectar una perspectiva evolucionista en la dinámica de los movimientos, surgen interesantes preguntas sobre el papel de las protestas (su impacto en los medios y en el público general) para la visibilidad de los movimientos sociales. Los casos más interesantes sin duda son el movimiento indígena y el de las mujeres; como señala el autor, aunque estos son los menos visibles en sus fuentes, sobre ellos existe mayor o menor consenso acerca de los logros adelantados en términos políticos y culturales, en comparación con otros actores sociales. Lo anterior como resultado del contexto histórico, económico y cultural en el que el grado de cohesión de los actores se dificulta, entre otras razones, por la lógica de privatización imperante de los últimos gobiernos (p. 471), que no permite la cohesión de los grupos, y por el poco y desigual crecimiento económico dentro de un marco que dista aún muchísimo de considerarse como de tolerancia política.

Los estudios y debates sobre la acción colectiva en un contexto mundial tuvieron un notable incremento en la segunda mitad del siglo XX⁴, a pesar de los retos en términos analíticos y metodológicos que su cambiante condición les impone a disciplinas como la antropología, la sociología, la ciencia política y la historia⁵. Bien sea que estos se conciban paradigmáticamente como procesos políticos, comportamiento de masas, movilizaciones o políticas de la confrontación –*Contentious Politics*⁶–, los resultados de análisis sobre su periodización, el impacto que tienen sobre la identidad política, en términos de división o cohesión, y el potencial del papel del investigador (p. 459) muestran que los marcos de análisis contemporáneos se pueden quedar cortos a la hora de entenderlos. Las ideas, el análisis y la sensibilidad histórica desarrolladas por Archila abren sendas puertas para desarrollar aún más, por ejemplo, un trabajo etnográfico que aborde los movimientos sociales –narrativas, discursos, percepciones desde adentro y afuera de estos, análisis comparativos–⁷. Lo anterior, especialmente, al evidenciarse una constante aparición y reconfiguración de las identidades adoptadas por parte de los actores estudiados en el libro y de aquellos que también han y pueden seguir siendo invisibilizados, como homosexuales, movimientos ecologistas y afrocolombianos. Otra vía se abre a la exploración y confrontación del papel del investigador al entrar como testigo, observador y/o simpatizante del variado y complejo caleidoscopio que puede llegar a constituir el estudio de los movimientos sociales.

⁴ Charles Tilly, “Social movements and (all sorts of) other political interactions –local, national, and international– including identities”, *Theory and Society* (Dordrecht), 27 (1998): 454.

⁵ Marc Edelman, “Social Movements: Changing Paradigms and Forms of Politics”, *Annual Review of Anthropology* (Palo Alto), 30 (2001): 309.

⁶ Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly, “To Map Contentious Politics”, *Mobilization: An International Journal* (San Diego), 1, núm. 1 (1996): 17-34.

⁷ Edelman, “Social Movements”, 309.

Bibliografía

- Archila Neira, Mauricio, Álvaro Delgado G., Martha Cecilia García V. y Esmeralda Prada M. *25 años de luchas sociales en Colombia 1975-2000*. Bogotá: Cinep, 2002.
- Edelman, Marc. "Social Movements: Changing Paradigms and Forms of Politics". *Annual Review of Anthropology* (Palo Alto), 30 (2001): 285-317.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly. "To Map Contentious Politics". *Mobilization: An International Journal* (San Diego), 1, núm. 1 (1996): 17-34.
- Tilly, Charles. "Social movements and (all sorts of) other political interactions –local, national, and international– including identities". *Theory and Society* (Dordrecht), 27 (1998): 453-480.